

“Está la mamola lejos”: la caracterización de los otomanos en *El desafío de Carlos V* de Rojas Zorrilla.

Óscar García Fernández
(Universidad de León)

Uno de los momentos culminantes de las relaciones internacionales entre el imperio otomano y el imperio Habsburgo en el siglo XVI fue el enfrentamiento en Viena entre Solimán el Magnífico y Carlos V, si bien, nunca llegaron a verse cara a cara. Solimán el Magnífico¹ estuvo hasta en dos ocasiones en los alrededores de la imperial Viena para intentar conquistarla, pero fracasó en ambas ocasiones, lo que supuso un espaldarazo para Carlos V, que resultó vencedor sin la necesidad de llegar a luchar contra el gran turco. Este hecho fue aprovechado por el teatro aurisecular para engrandecer la figura de Carlos V, bisabuelo de Felipe IV, ante quien se representó en palacio una comedia que relata este acontecimiento tan notable: *El desafío de Carlos V* de Francisco de Rojas Zorrilla.

El objetivo de este trabajo es analizar la figura de los personajes turcos en esta comedia, que se representó en palacio, posiblemente ante la nobleza castellana y como parte del ocio real, que, además, serviría para afianzar uno de los principales intereses de Felipe IV: la historia. En la obra aparecen varios personajes turcos, entre los que se destaca Solimán el Magnífico, que aparece acompañado por el bajá Abraymo, una mujer llamada Luna y el cristiano Juan Sepusio; así, se va a mostrar la imagen que de ellos se ofrece en esta comedia.

Pero antes de analizar los personajes y su imagen, resulta necesario realizar un repaso por la historia del duelo entre los dos más grandes emperadores del Renacimiento. Estos personajes se construyen desde la perspectiva cristiana, lo que supondrá una visión bastante negativa de Solimán, que responde a unos intereses históricos y propagandísticos determinados. Por tanto, se va a producir el afianzamiento del poder imperial cristiano mediante el uso del teatro ante el público receptor del mismo, la corte de Felipe IV.

La presencia de los otomanos en el mundo moderno conocido, supuso un cambio radical en las relaciones de poder entre los principales países europeos cristianos, que veían peligrar su hegemonía en el continente europeo y en el mar Mediterráneo por causa de un nuevo pueblo que actuaba con gran violencia y determinación defendiendo los principios de una religión diferente: el Islam. Solimán y su ataque al corazón de Europa suponen un intento de cambio de paradigma religioso desde cristianismo al islam, que solo podrá ser acometido mediante la unidad cristiana. Así, según Kumrular (2003:12) “en más de un siglo y medio, los otomanos recorrieron un camino impresionante desde un beylik (emirato) a un imperio entre dos océanos sobre tres continentes y que controlaba más de las tres cuartas partes del Mediterráneo.”

García Cárcel (1994:15) habla de la cercanía del problema turco en la península ibérica, donde “el imperio turco, con la lejana Constantinopla, fue visto por tanto como un problema muy cercano y hasta diría íntimo, a la luz del doble reflejo morisco y berberisco de los turcos en nuestro país.” Pero estos turcos no son solo moriscos y berberiscos, sino que también los turcos otomanos asentados en Constantinopla, que van a contribuir a aumentar la fobia que se les tiene en España.

Otomanos

En primer lugar conviene conocer quiénes eran los turcos y, en especial, los otomanos. Apunta de Bunes (1989, 69): “Como regla general se puede afirmar que con la palabra turco se define a cualquier musulmán que sea súbdito del sultán de Constantinopla [...]. Son todos los tributarios a la «Sublime Puerta»”. Con esta sucinta presentación, se destacan algunos elementos fundamentales para

¹ Solimán era conocido como el Magnífico en Europa y Kaneni en el imperio otomano, el Legislador.

comprender quiénes eran: por un lado, eran musulmanes que profesaban la religión de Mahoma y, por otro, dependían de Constantinopla, donde el sultán tenía asentado su poder. “Se distinguen del resto de musulmanes porque dependen de un soberano” (De Bunes 1989, 69). Este soberano es el sultán, quien, desde 1453, con la toma de Constantinopla, había instalado allí su autoridad. Hubo varios sultanes muy conocidos y temidos a lo largo de toda Europa, ya que, desde 1453, su imagen se acerca con peligro.

El pueblo otomano es muy nuevo para la Europa del siglo XV y XVI, por lo que los tratadistas intentan buscar su origen para conocerlos y, posteriormente, poder defenderse de ellos. Sirva de ejemplo lo que afirma el cronista y dramaturgo Vasco Díaz Tanco²:

Que este nombre de turco se dice a torquendo o a tortura por los tormentos que dan a los tristes que caen en sus manos. E otros dicen que a trux trucidis, porque su gran crueldad es excesiva e otros dicen y afirman que se llaman turcos: porque proceden de la teucra, generación que con sus antiguas guerras y perdición andando por el mundo a buscar lugares fuertes para su habitación e seguridad: asentaron vivienda en la bravísima montaña del mar Caspio. E otros dicen que se llaman turquos porque vivían en la ciudad de Turcia, e otros dicen e afirman desta diabólica generación que se llaman turcos por causa de un valentísimo hombre hijo de Hércules que reinó en Escitia antiguamente el cual se dijo Theucro.

Independientemente del origen que se les atribuya a los turcos según los distintos tratadistas, la imagen que ofrecen es muy negativa, pues siempre aparecen como un pueblo muy violento y que ha arrasado por donde pasa: “porque fueron llamados turcos como gastadores y arruinadores de los países, el cual nombre es muy verosímil a la ruina que han hecho a todas las partes del mundo”³. Estos turcos se identifican con el mal y la violencia (De Bunes 1989, 70) y causan profundo terror por toda Europa dado que su amenaza es una constante en el Mediterráneo y en el oriente del continente. Por todo esto, surge la necesidad de saber quién es el enemigo. Su imagen va sustituyendo la de los moriscos de la península a lo largo de los siglos XVI y XVII. “El otomano, guerrero sanguinario y ambicioso, persona que se mueve siempre por el odio declarado a la sociedad occidental representada en el mundo religioso cristiano, se ajusta más a los gustos de la imaginación popular” (De Bunes 2007, 166). Esta imagen no es la misma a lo largo de todo este periodo, sino que va transformándose a medida que avanza el tiempo. De hecho, será en la Edad Moderna: “Cuando se crean los arquetipos descriptivos que perviven en los tiempos presentes” (De Bunes 2007b, 308).

Constantinopla

El problema del Islam se creía resuelto a finales del siglo XV (De Bunes 2007a) en Europa y, especialmente, en España, donde el proceso de la Reconquista finaliza con la entrega de las llaves de Granada a los Reyes Católicos en 1492. Se produce una victoria moral y social con la expulsión de los musulmanes de la península y, obviamente, en el campo religioso. La supremacía de la religión católica se impone al Islam. De esta manera, al tener la convicción de su superioridad cultural y religiosa, el cristianismo considera que puede dejar en segundo plano la disputa teológica que se venía manteniendo desde los primeros momentos de la aparición de esta falsa religión (De Bunes 2007a). Como prueba de esto, el musulmán de la península es tratado en los romances como un personaje que refleja una realidad social fronteriza y no como un personaje que disputa y que pretende imponer su credo religioso islámico, una imagen suavizada gracias a que no son tomados como ninguna amenaza y que han sido derrotados definitivamente. Esta supremacía religiosa da lugar a un clima de optimismo en la península. Pero esta visión vira negativamente en pocas décadas, cuando la guerra

² Vasco Díaz Tanco, *Palinodia de los turcos*, fol. 2r, citado en De Bunes, 1989, 71. La modernización es mía.

³ Saavedra Fajardo, citado en De Bunes 1989, 71.

se traslada de Asia a Europa por causa de los deseos expansionistas de los sultanes. Si en la Europa católica, incluida España, se aceptaba con cierta indiferencia el castigo a los cismáticos orientales y no se reacciona ante la caída de Constantinopla, hay una verdadera preocupación cuando la amenaza es directa contra la iglesia romana y, especialmente, contra la propia Roma y los confines del nuevo imperio carolino.

De estos peligrosos otomanos, que llegaron a asentarse rápidamente en la península de Anatolia, hoy sabemos que su primer gobernante fue Osman I (1281-1326) (De Bunes 1989, 73-74) y que este asentó las bases de su expansión por tres continentes: Asia, África y Europa. La visión que se traslada por el continente europeo es muy negativa, ya que el robo es su principal característica, pese a que se permanece en una indiferencia que mira hacia el propio interior de cada país. De hecho, se cree que los otomanos se convirtieron al islam por alcanzar buenos réditos, puesto que esta forma de vida se adaptaba perfectamente a sus intereses sustentados en la violencia y la ambición desmedida. Pese a esta conversión tardía, los tratadistas transforman a Osman en heredero de Mahoma y le trasladan todas sus cualidades negativas. Mientras tanto, estos desconocidos y temibles otomanos, aprovechando la debilidad de sus vecinos, fueron paulatinamente adentrándose en el imperio bizantino, los derrotaron y pasaron a Europa haciendo aumentar su consideración perjudicial. De Bunes (2007b, 307) amplía la nómina de países preocupados por los otomanos:

El expansionismo otomano afecta tanto al mundo cristiano como al mundo musulmán: aspiraba, por un lado, a controlar todo el mundo islámico (como cabeza de esta confesión religiosa, sus gobernantes se concedían el título de emir y califa de los creyentes) y, por otro, a someter al mundo cristiano, al sentirse los continuadores de Alejandro Magno y portadores de la herencia del mundo romano por sus relaciones con los emperadores de Bizancio.

Nehmed II

Este sultán constituyó uno de los principales puntos de inflexión en la historia y uno de los detonantes del derrumbamiento definitivo del mundo medieval: como consecuencia del afán expansionista, se produjo la caída de Constantinopla en 1453 siendo sultán Mehmed II, el bisabuelo de Solimán. Esta derrota abrió nuevos temores y expectativas en toda Europa, pues no solo se anunciaba una variación en el equilibrio europeo, sino incluso el desmoronamiento de toda la cristiandad. El germen del cambio de paradigma religioso que amenazaba a la península ibérica durante siglos se trasladaba al otro lado del Mediterráneo. Según la historiadora turca Kumrular (2005:8), la caída de Constantinopla es una catástrofe histórica para el mundo cristiano ya que es el inicio de las conquistas en los Balcanes, el Danubio y el Mediterráneo. Supone una alteración social, política, cultural, económica, mercantil y religiosa, con todos los peligros que acechan a la religión cristiana. Esta conquista “coronó a los monarcas turcos como herederos legítimos del imperio romano oriental y les dio coraje para apoderarse del resto del imperio y soñar con la utópica conquista de Roma” (Kumrular 2005, 9). Las bases que asienta Nemhed II el Conquistador se sustentan en la extensión territorial, el bienestar social y la paz religiosa para su pueblo.

Solimán

Antes de Viena

Solimán el Magnífico es el gran emperador del mundo otomano. Fue un hombre polifacético:

Era el sultán, pero también un gran legislador, hábil estratega militar, fino poeta, buen calígrafo, experto joyero y amante fiel de su esposa Roxelana, hasta el último día de su vida. [...] Dominaba varios idiomas perfectamente: el árabe, el persa, la lengua de chagatai y el

serbio. [...] Dirigió personalmente sus ejércitos. De hecho, pasó más de diez años de su vida en campañas.⁴

Andando el tiempo, con el temor y la amenaza otomanos consolidados, ya en el siglo XVI, Solimán anhela las pretensiones expansionistas de su bisabuelo Nemhed II, que ya había cercado fallidamente Belgrado en 1456. Mediante su ejemplo, las ansias expansionistas por el continente europeo (Kumrular 2005) cobran su principal impulso con Solimán. Este alcanza el poder en 1520 de manera ejemplar puesto que no hay ningún derramamiento de sangre, al contrario de lo que había sucedido con sus antecesores. Además, Solimán permaneció en el poder durante 46 años, dirigió doce campañas y murió en la de Zigetvar con setenta y dos años (Kumrular CV). “Los dos sueños más ambiciosos no los llegó a cumplir: el sometimiento de Viena y Roma al poder turco” (Kumrular 2005, 12). Además, Solimán era un hombre muy rico y llegó a tener en las siete torres toda su riqueza, donde abundaba el oro. Tenía a sus órdenes el primer ejército de toda Europa, pero como señor poderoso con grandes ambiciones, había encontrado unos enemigos a su altura: la amenaza del imperio safaví en Persia y el otro gran emperador del mundo occidental, Carlos V. Estas pretensiones apuntaban, según Kumrular (2005, 15) a Roma, con el fin de acabar con el imperio romano para unificar en su persona el título imperial y todos los títulos que tuviera a su alcance para adornar su grandeza. En este sentido, si no podía alcanzar Roma, Viena era un buen prólogo, un objetivo con el que derrotar a los cristianos.

Así, hay que considerar que Solimán era la autoridad absoluta tanto civil como religiosa en el estado turco. El sultán es la palabra de la ley y la de Dios y, por tanto, era muy respetado por sus súbditos y sus tropas. Como consecuencia, la guerra santa que comienza Solimán se idealiza y, con ella, la figura del sultán. Esta capacidad bélica legitima todas las acciones del ejército y se aumenta el terror que infunden los turcos por donde pasan (Kumrular 2005, 29-30). Si alguna característica se extiende por Europa es la idea de que los jenízaros, tropas de élite otomanas, tomaban esclavos para venderlos; de esta manera, la violencia se convierte en parte de una política del terror perfectamente calculada para mantener su hegemonía durante los primeros años del reinado de Solimán.

Su propio padre Selim I, durante ocho años de gobierno, mantuvo una política expansionista que le llevó a tener bajo su poder tres ciudades sagradas fundamentales: La Meca, Medina y Jerusalén. Estando en el lecho de muerte, su padre le recomienda que lleve su política bélica a occidente (Kumrular CV). En 1521, ni un año después de la muerte de su predecesor, Solimán toma Belgrado y hace patente su deseo de adentrarse en el continente europeo siguiendo estas ideas expansionistas. La idea del gran turco es asentar la base de sus futuros ataques por el continente, buscando colonizar Belgrado y no solo saquearlo (Kumrular 2005, 35). En 1522, Solimán se aventura por el mar y toma Rodas: aquí su intención es purificar la isla de piratas, los propios caballeros, que, además, habían ayudado a Gazali, enemigo de Solimán, con lo que el gran turco encuentra una excusa perfecta para la conquista, haciendo que los caballeros hospitalarios de San Juan, a pesar de la dura resistencia que opusieron, se trasladen a Malta derrotados.

Otro de los principales puntos de inflexión en el meteórico ascenso por el Danubio fue la muerte en 1526 de Luis II de Jagellon en el campo de batalla contra el ejército otomano en la batalla de Mohacs. No debemos olvidar que el rey húngaro Luis II era cuñado de Carlos V —estaba casado con su hermana María de Austria—, por lo que la amenaza y el golpe se sintieron de manera cercana en la corte del emperador. Las ansias de conquista continúan y Solimán vence a este joven monarca, que había salido al campo de batalla al frente de sus tropas, lo que hace que se comience a vislumbrar un cambio en el frágil equilibrio político y religioso europeo. La amenaza va en aumento, los límites del imperio otomano se adentran en Hungría, en la misma Buda, y la advertencia de que Viena es el

⁴ Özlem Kumrular, “Carlos V y Solimán el Magnífico: dos soberanos en lucha por un poder universal”, consultado en http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_6_ozlem.shtml va a aparecer citado como (Kumrular CV) ya que se encuentra en la página del Cervantes virtual sobre Carlos V.

siguiente objetivo está demasiado presente. Así, esta batalla de Mohacs cambió el destino de Europa central. Hasta tal punto se anunciaba el peligro, que el propio papa Clemente VII intentó organizar la defensa de la ciudad, algo imposible porque no llegó la ayuda comprometida por Carlos V. Por el contrario, Solimán se puso al frente de su ejército y, según los cronistas turcos⁵, hasta treinta y dos húngaros intentaron matarlo con lanzas, pero salió inmune. La conquista de Buda refuerza el poder del gran turco y hace crecer el temor por toda Europa. El paradigma religioso islámico cobra fuerza mientras Fernando de Habsburgo y Juan Zapolya, vaivoda, compiten por alcanzar el trono vacante, al mismo tiempo que Hungría vive en el caos y la amenaza sobre Viena se va perfilando. Según las costumbres del ejército otomano, las tropas turcas de akancis –acanjios— y jenízaros tienen derecho a tres días de pillaje en los que cometen terribles abusos por donde pasan, por lo que el temor se propaga y consolida por todo el continente. En definitiva, afirma Kumrular (2005, 75): “nada sería como antes tras la batalla de Mohacs que cambió el *status quo* anterior y redefinió muchos de los rasgos más característicos del reino de Hungría.”

Solimán tiene en su punto de mira el eje formado por Buda-Viena-Roma, aunque nunca pudo conquistar las tres: se quedó solo en la primera y puso en solfa todo el entramado imperial carolino. Así, su siguiente objetivo es Viena, donde gobierna Fernando de Habsburgo, rey de romanos y hermano de Carlos V. El propio emperador católico dejó en manos de este el gobierno de la parte oriental del imperio desde tiempos tempranos (De Bunes 2014), a pesar de la imagen que se proyecta desde la historiografía posterior: Carlos V no va a Viena cuando se produce el primer cerco, si bien, conoce la amenaza a través de la correspondencia que mantiene con su hermano. Ha de tenerse en cuenta, además, que el equilibrio de la religión se ha quebrado en el resto de Europa, especialmente desde el intento fallido de Francisco I de Francia de ser emperador y la aparición de las herejías luteranas. A esto se debe añadir el Saco de Roma protagonizado por tropas imperiales en 1526, que obligó al propio papa Clemente a permanecer oculto en el castillo de Sant’Angello. Tras la derrota francesa contra Carlos V, estos tuvieron que recurrir a una unión con los otomanos para restablecer el equilibrio roto por los Habsburgo. Esto es lo que los historiadores otomanos denominan “la quiebra de la unidad cristiana en Europa” (Kumrular 2005). Esta quiebra va en contra de los intereses de los Habsburgo, que ven cómo los otomanos apoyan cualquier movimiento en su contra, ya sea por mar, con el éxito de los hermanos Barbarroja en el Mediterráneo, o por tierra con acuerdos comerciales ventajosos para París, muy mal vistos en el resto de Europa (Kumrular CV). La confrontación entre los dos grandes emperadores adquiere un cariz de guerra religiosa que permite a los contendientes organizar la defensa y el ataque con una justificación teológica, pudiendo buscar el apoyo en cualquier parte, surgiendo pactos antinaturales entre cristianos y musulmanes.

Carlos V ve con grave peligro la cercanía de los turcos, están apuntando hacia Viena, lo que convierte esta guerra territorial en una guerra santa (Fernández Álvarez 1999) que Francia no va a apoyar puesto que antepone sus intereses particulares a la defensa de la fe católica. Lo mismo sucede con Venecia, que apoya a Solimán gracias a un personaje: Alvise Gritti⁶ (Kumrular 2005, 89-93), que era hijo natural del *doge* veneciano Andrea Gritti. Este Alvise fue protegido por el pachá Abaymo y ascendió en la corte otomana a partir de 1523 gracias a su conocimiento de Europa, pues era comerciante joyero. De hecho, llegó a estar al frente del ejército turco en la campaña de 1532 consiguiendo la ayuda de la flota veneciana para el sultán.

⁵ Peçevi, cronista turco citado por Kumrular (2005, 65), relata cómo salieron de Constantinopla en orden a pesar de la lluvia con un ejército de hasta ciento cincuenta mil hombres. Además relata la supremacía de Solimán en el campo de batalla.

⁶ Este Alvise Gritti aparece citado en la comedia como acompañante de los turcos.

Viena 1529

En 1529, se produce el primer intento de cercar Viena por parte de los turcos. El asedio se convierte en una realidad. Para intentar evitar la llegada de los turcos, Fernando de Habsburgo envía emisarios a Constantinopla para negociar una posible paz con Solimán, pero pasan allí nueve meses presos, con lo que vuelven alarmados por la inminente intervención otomana. Ante el apremiante ataque, comienza la movilización cristiana: se alcanza la paz con Roma, que concede un cuarto de los beneficios eclesiásticos para la lucha contra los turcos⁷. Por el contrario, Enrique VIII se mantiene al margen. La magnitud del combate es tal que, en febrero de 1529, Carlos V escribe al sha de Persia para alcanzar acuerdos en la lucha contra los turcos, aunque no llega a haber una comunicación fluida entre los dos enemigos más potentes de la Sublime Puerta. En Viena, no obstante, se preparan para el asalto y, como indica Kumrular (2005, 101), recompusieron bien la muralla haciendo fosos muy hondos y otras reparaciones. Juntaron 20.000 hombres, cien piezas de artillería gruesa con Nicolao de Salm⁸ y otros hombres importantes como Luis de Ávalos y el conde Palatino al frente. Y en agosto de ese mismo año (Kumrular 2005, 102), se solicita la ayuda del emperador Carlos V, que promete actuar si su hermano Fernando no entra en guerra abierta contra Solimán, aun perdiendo Hungría y sus valores patrimoniales. Esta idea va en contra del ideal carolino de mantener los territorios heredados, pero el terror que infunde el turco llega hasta Carlos V que ve imposible ir a Viena y debe buscar soluciones razonables para evitar que el poder de Solimán penetre en el imperio heredado. A pesar de las diversas negociaciones emprendidas a lo largo del continente, Fernando se queda en Viena esperando el ataque turco.

Pero ese 1529 hubo lluvias torrenciales que impidieron el avance de los turcos hasta Viena. Harold Lamb (1951, 133) cita el diario del gran turco, donde se observa el estrés a que estaba sometido después de una larga marcha hasta Viena: “Today, again the army loses a quantity of baggage... we leave behind a great number of horses in the swamps; many men die.” Tampoco la jornada es fácil para el ejército otomano que ve cómo su artillería pesada se queda varada en el camino, así como caballos y hombres van muriendo. Con todo, de camino a Viena, conquistan las poblaciones de Altaburg y Cinco Iglesias. Kumrular insiste en el aspecto sanguinario de los turcos (2005:104) cuando asegura que “en su camino hacia Viena no dejaban de cautivar una buena cantidad de soldados para tomar lengua”, es decir, para interrogarlos mediante potentes torturas, matándolos finalmente. Mientras Solimán se aproxima con ciertas dificultades, Fernando de Habsburgo se había ido a Linz para mantener conversaciones con los príncipes alemanes con el fin de conseguir su apoyo. Esto fue interpretado por los turcos como una cobardía e infundió tanto coraje y alivio a sus tropas que Solimán aseguraba que en tres días tomaría la ciudad y no dejaría a nadie con vida. La autoestima del turco era la que mayor terror infundía, y, más, estando tan cerca de Viena con un poderoso ejército. A este respecto, llama la atención que las informaciones varían dependiendo de la perspectiva que se adopte: mientras los cronistas cristianos hablan de 250.000 soldados, 800 piezas de artillería y camellos ante Viena, las crónicas turcas citan 150.000 hombres, 300 piezas de artillería y 20.000 camellos. Sea una cantidad u otra, la armada que Solimán lleva a las puertas de Viena es muy poderosa, a pesar de que él también tiene dificultades debido al mal tiempo y a ataques cristianos mediante emboscadas.

Solimán intenta alcanzar una paz honrosa (Kumrular 2005, 107): la tradición del “vire”, esto es, un intento de negociar sin tener que asaltar la ciudad, pero los turcos son derrotables fuera de la estación estival y Viena, que se había pertrechado correctamente, resiste el asedio. De hecho, el conde

⁷ La idea del apoyo papal a las tropas imperiales está presente en la comedia, con la aparición de una carta firmada por Clemente VII en la que explica que su sobrino Hipólito Medicis llega con una suma importante de dineros y 8.000 caballeros.

⁸ De nuevo otro personaje que aparece nombrado en la comedia en el campamento cristiano, Nicoliza, padre de doña Leonor. A Nicoliza Carlos V le reconoce su labor y acepta de buen grado el matrimonio final entre su hija Leonor y Luis de la Cueva.

palatino del Rin⁹ responde a la paz que propone Solimán con artillería. El tiempo era tan malo que ese mismo octubre llegó a nevar. Los turcos respondieron con varios asaltos durante los días 13 y 14 de octubre pero sin éxito. Llegaron a hacer brechas en el muro pero fueron contraminadas desde el interior y se contuvo el ataque. Los soldados turcos no tenían alimento y acabaron con diarrea y hemorroides. Mientras en Viena todavía se espera la ayuda prometida por Carlos V, el archiduque Fernando llega con 100.000 hombres para defender la ciudad. El enfrentamiento ya no se produciría, porque, sin poder conquistarla, Solimán se había retirado enfadado y de manera deshonrosa, pues nunca antes había fallado en ningún asedio.

En este sentido, Kumrular (2005, 108) apunta varias versiones sobre el asedio fallido: 1) había habido una negociación secreta entre Abaymo pachá y Fernando de Habsburgo, 2) se culpa a Abaymo por la poca preparación para asediar una ciudad bien pertrechada y 3) un sueño premonitorio de Solimán al que se le concedía gran importancia en el mundo otomano.

Solimán asedia Viena en 1529 sin llegar a conseguir tomar la ciudad, pero los turcos arrasaban todo lo que encontraban a su paso, era el botín que debían haber conseguido en Viena, en especial los akincis, que, como mencionábamos previamente, cobraban su sueldo mediante los saqueos y la toma de esclavos. Junto a esto, Solimán coronó en Buda al vaivoda Juan Zapolya y dejó a Gritti en su compañía. De camino, prohibió atacar Viena ya que en su mente estaba volver a asaltarla con un ejército más poderoso. No obstante, el turco no quiere reconocer su derrota y escribe a sus aliados (Kumrular 2005, 112) diciendo que ha conquistado el reino, que ha asegurado Buda y tomado poblaciones intermedias con entre treinta y setenta mil cautivos. Frente a esta falsa victoria de Solimán, la moral cristiana aumenta ya que es la primera ocasión en que son capaces de frenar el avance otomano.

Viena 1532

Tras el cerco fallido de 1529, Solimán quería mostrar su superioridad con una campaña alemana que le llevara a conquistar Viena. Kumrular (2005, 202-204) apunta que Solimán deseaba mostrar la riqueza de su ejército, la perfección de sus soldados y el arte bélico de los jenízaros con el fin de resarcirse de la huida anterior. Para ello, armó un ejército poderosísimo, que, nuevamente, según los distintos cronistas, ofrece cifras dispares: desde los 250.000 según los turcos hasta los 500.000 de los que hablan los cristianos. Este ejército es el mayor nunca antes visto y pone de relieve el poder otomano que, para esta jornada, mostró una ceremonia muy marcial con sus ritos, armas, municiones... Es, por tanto, una salida espectacular de Constantinopla hacia Adrianopolis para llegar a Viena. Solimán, experto orfebre (Kumrular 2005, 208), demuestra su superioridad económica y manda hacer una corona en Venecia de 144.000 ducados; en parte, como respuesta a la ceremonia de Bolonia en la que Carlos V fue entronizado emperador por el papa. Los turcos alardean de su poder hasta llegar a Belgrado, lugar en el que habían asentado su base de operaciones por el Danubio. Kumrular (2005, 219) asegura que Solimán “cuando se veía obligado a invitar al emperador del occidente a una batalla, vino a aprovechar la presencia de una delegación del archiduque para que le llevaran su carta de desafío a su señor.” El propio Peçevi, historiador turco, cita esta carta, pero hoy no se encuentra en ningún archivo; si bien, incluso Paulo Giovio, historiador italiano en el bando cristiano, asegura haber visto la carta (Kumrular, 2005, 220-221). La disputa teatral entre los dos emperadores del mundo tiene su base histórica, o, al menos, eso es lo que parece a través de las crónicas que hasta hoy han llegado, tanto del bando otomano como del cristiano. En esta carta Solimán no reconocería el título imperial de Carlos V y lo denominaría simplemente rey de España, hecho que se repetirá en la comedia.

⁹ De nuevo, otro personaje que realmente existió y que aparece citado en la comedia como defensor de Viena junto a Fernando de Habsburgo.

Si seguimos la perspectiva que nos muestra Kumrular, Solimán en esta ocasión, no tenía intención de invadir Viena, sino de luchar en combate singular contra Carlos V, que estaba apostado en Viena a la espera de un nuevo cerco, sabiendo que una batalla en campo abierto contra los turcos sería fatal para el ejército cristiano dada la superioridad numérica turca. Mientras tanto, los akanci van rindiendo plazas en favor de Juan Zapolya, lo que consigue que la turcofobia aumente y se extienda por toda Europa. Por no querer tomar Viena, Solimán no se encaminó hacia allí, sino que llega a Güns y asedia la ciudad. Este lugar se encuentra a doce leguas de Viena, aunque desviándose del camino, lo que supuso que los cristianos lo interpretaran como manifestación de un grave temor por parte de los turcos. A pesar de todo, Güns tiene una buena defensa y al frente está el capitán Nicolas Jurisics o de Salm- Nicoliza en la comedia-, quien conoce que los turcos no tienen artillería pesada, ofreciendo así una resistencia notable. El primero en llegar allí fue Abraymo, pachá, que solicitó que el capitán Jurisics entregara la ciudad, pero este se negó. La respuesta la encontramos en diferentes cronistas castellanos¹⁰:

Había sido enviado por el rey Fernando al frente de una guarnición para defender aquella plaza, y que estaba resuelto a no apartarse bajo ningún concepto de la lealtad y el deber, y, finalmente, que no era costumbre de los húngaros entregarse antes de haber probado la suerte de las armas [...] que él, de todas formas, confiaba que no habría de faltarle para defender aquella plaza, ni el favor divino, ni el valor de los soldados.

Los turcos, ante esta respuesta, lograron abrir brechas en la muralla, pero fueron abatidos. Dependiendo de las crónicas (Kumrular 2005, 234), se trata de una victoria pírrica de los turcos, aunque Solimán premió a todos los que lucharon. Se llegó al acuerdo de que tremolara el estandarte turco y también de respetar la ciudad. Los otomanos perdieron mucho tiempo en tomar Güns y finalmente no les fue como esperaban.

Carlos V esperaba en Viena sin aceptar una lucha en campo abierto (Kumrular 2005, 238). Este había salido de Ratisbona a Linz como un cruzado, ofreciendo ostentación del poderoso ejército que había logrado conseguir para la lucha contra los infieles otomanos. Aunque, a este respecto, afirma el cronista turco Celalzade: “Karlo, que se coronó como emperador con el compromiso de proteger a la cristiandad contra los turcos permaneció escondido como un chacal en su refugio.”¹¹ Según Kumrular no se produjo la lucha porque Carlos V llegó a Viena el veintitrés de septiembre cuando los turcos se estaban retirando, aunque las intenciones de Solimán no eran tomar Viena, sino luchar contra Carlos V, que se negó, según los cronistas turcos.

Tras el asedio de Güns, los cronistas occidentales comienzan a hablar de la “huida del turco” y este mensaje es el que llega a toda Europa. Para seguir recibiendo la ayuda comprometida por el papa de 4.000 escudos al mes, Carlos V actúa de manera muy astuta y persigue a los otomanos con un poderoso ejército. El archiduque Fernando se ve reforzado con estas tropas, aunque mantiene ciertas reticencias a no luchar contra su enemigo Juan Zapolya y dejar huir a los otomanos. Pero Carlos V no quiere permanecer en Viena más tiempo ya que hay peste y motines, por lo que decide dejar unas tropas junto a su hermano y acudir a Italia.

El final del duelo entre Solimán y Carlos V fue muy ambiguo, mientras en Europa se lamentan por haber dejado marchar a los turcos sin combatir (Kumrular 2005, 56), los historiadores de ambos bandos interpretan la historia a su gusto. Por un lado, Solimán llegó de Viena el 22 de octubre y despachó cartas de victoria llamando a Carlos V cobarde por no querer luchar contra él. Por el camino de regreso a Belgrado habían tomado muchas ciudades y muchos cautivos para dedicarlos a la esclavitud. Cuando estuvo en Constantinopla hubo fiestas durante cinco días, ya que quería “ocultar

¹⁰ Sepúlveda y Santa Cruz citan la respuesta de Nicolás Jurisics a Abraymo pachá en Kumrular (2005:232). En este caso la cita es de Sepúlveda, (*De rebus gestis Caroli V*, vol. II, libro X, 114).

¹¹ *Apud* Kumrular, 2005, 249. En Celalzade Mustafa Celebi, *Tabakatü'l-memalik ve derecatü'l mesalik*, 122.

el fracaso subjetivo de la expedición” (Kumrular 2005, 260). Por la otra parte, Prudencio de Sandoval¹² interpreta la victoria de Carlos V y la humillación de Solimán. Así, el rey de España también manda cartas por Europa para avisar de su victoria, a pesar de que es una victoria sin combate. Asegura Kumrular (2005, 263) que “en esta ocasión Europa demostró que el espíritu de cruzada no se había muerto. [...] Carlos V demostró que podía reunir en caso de necesidad importantes fuerzas.” De esta manera, pese a lo ambiguo de la victoria, en Europa y, en especial, en la península ibérica, la sensación fue de una derrota de los turcos, de una victoria de la fe cristiana y de una gran capacidad bélica de Carlos V que venció sin llegar a luchar.

El Desafío de Carlos V

Frente a todos estos datos fundamentales para comprender la verdadera dimensión histórica de los acontecimientos sucedidos en Viena en 1529 y 1532, casi cien años después, en 1634, se representa una comedia en palacio por parte de la compañía de Cristóbal de Avendaño (Lobato 2008:21): *El desafío de Carlos V*. Una obra fundamental para comprender la visión que el teatro del Siglo de Oro ofrece de los turcos, más, si tenemos en cuenta que fue representada en palacio ante la nobleza castellana.

Hay una serie de personajes musulmanes que aparecen en otras comedias de Rojas Zorrilla y tienen un peso específico importante para el desarrollo de la acción dramática siendo, incluso, protagonistas, si bien, como ya apuntaba en otro lugar (García 2010), son musulmanes del norte de África en *Nuestra Señora de Atocha* o el propio Mahoma, de oriente, en *El Profeta falso Mahoma*, por lo que no podemos considerarlos otomanos, como sí va a ocurrir en la comedia objeto de estudio.

Así, *El desafío de Carlos V* de Francisco de Rojas Zorrilla presenta como protagonista a Carlos V. El emperador nacido en Gante vence al gran turco Solimán sin llegar a enfrentarse con él, por lo que su figura queda resaltada y se convierte en un verdadero modelo de comportamiento para su bisnieto Felipe IV. Para llegar a ser un espejo en que mirarse, Carlos V necesita un rival a su altura y nadie es comparable a Solimán, que fue sultán, emperador del imperio otomano. Si bien, se debe considerar a otros personajes de origen turco que aparecen en la comedia, con el fin de poder ofrecer la imagen más completa de estos a través del tamiz teatral.

Rojas Zorrilla logra reflejar en la comedia la imagen de violencia turca que aparece a lo largo de las crónicas con bastante claridad. Para ello recurre a un ejército poderosísimo en las puertas de Viena, Solimán viene acompañado por quinientos mil soldados: “Quinientos mil combatientes / trae Solimán” (vv. 163-164). Como ya hemos visto, Solimán no solo quiere vencer en Viena a Carlos V, sino que, además, alardea de quién es y cuál es su poderoso ejército.

Los turcos se aproximan peligrosamente a Viena, ya han cercado Lins¹³, de donde doña Leonor ha salido para encontrarse con su amado don Luis y ha encontrado los campos cubiertos de turcos, de sus mejores tropas, los jenízaros: “seis días ha que el cielo cubre / de jenízaros y turcos” (vv. 136-137). Leonor describe perfectamente el terror que infunden los turcos a su paso por las poblaciones, ya que son capaces de fustigar lo que encuentran por el camino. La presencia de Solimán cercando Lins desemboca en dolor para toda la población.

No hay pecho que no se turbe,
ánimo que no se encoja,
mocedad que no caduque,
consejo que no se yerre,
discordia que no se junte,

¹² Como intento mostrar en la edición que preparo de *El desafío de Carlos V* de Rojas Zorrilla, Prudencio de Sandoval es la fuente principal que el dramaturgo toledano consultó para componer la comedia.

¹³ Lins es la ciudad que aparece en la comedia, aunque según los historiadores actuales debía ser Güns.

suspiro que no sea pena,
pena que no se articule. (vv. 174-180)

El propio rey de Hungría Fernando, hermano menor de Carlos V, describe perfectamente su situación: el cerco de Lins-Güns es su mayor preocupación:

Las guerras
me traen con poco sosiego:
Solimán tala mis tierras,
a Griti tiene ganada,
y de Lins la fortaleza
cercada ya y destruida,
su ruina cercana espera. (vv. 522-527)

Este poder bélico de los otomanos impresiona incluso a Carlos V, quien relata la abundancia de turcos en Viena y lo que provoca su campamento: “si sus banderas despliega / dicen que se cubre el cielo / y está a la sombra la tierra” (vv. 663-665). Un gran ejército se ha plantado en los campos de Viena y los hermanos Habsburgo muestran su preocupación.

No será hasta el último cuadro de la primera jornada cuando aparezca el gran Solimán en escena. Hasta este momento (v. 812) solo había sido nombrado, pero su presencia es significativa de grandes preocupaciones para los cristianos: trae un poderoso ejército, tiene a Lins cercada y está dispuesto a luchar.

Su entrada en escena es espectacular: se produce un cambio en la métrica y, frente al octosílabo que habían utilizado los cristianos, Solimán se expresa en endecasílabos y heptasílabos pareados, lo que confiere a su discurso una mayor prestancia. Viene acompañado de sus “fuertes escuadrones” (v. 812) para tomar las murallas de Viena, pero siguiendo la tradición del vire, en primer lugar, intenta que se rindan los cristianos para poder resultar vencedor sin necesidad de luchar: “solo que entreguen a Viena intento” (v. 825) alardeando del potencial de su ejército, quinientos mil soldados que pasan penurias asentados en el campamento, pasan sed pero se mantienen fieles a su señor. Es significativa la confianza que tiene en sus soldados, repite en forma de estribillo: “¿pues qué harán mis soldados por venganza?” (v. 851). El estruendo militar acompaña a su ejército “que parece que Marte ha granizado” (v. 855). Solimán está orgulloso de su ejército, ha logrado convocar una gran cantidad de soldados y su vigor es enorme; además se mantienen fieles a él a pesar de que las condiciones para la guerra no son las mejores ya que les falta abastecimiento. Pero su ferocidad es enorme, no solo ya entre los cristianos, sino que también lo reconoce el propio sultán: “bruta es su ira que las flores pace” (v. 865). La soberbia de Solimán va en aumento a medida que avanza su primera intervención, promete devolver el trono de Hungría a Juan Sepusio¹⁴: “veamos si con mi espada y con tu lado / hay competencia humana que lo estorbe / aunque a ampararle aspire todo el orbe” (vv. 871-873). Será el propio Sepusio quien ennoblezca más la figura de Solimán: se ha puesto en sus manos para derrotar al archiduque Fernando, esto es, a la casa de Austria en cuya cabeza se sitúa Carlos V: “En ti mi honor estriba / así tu nombre viva / por más blasón, más gloria / vinculada en la fama y la memoria” (vv. 880-883).

Luna es una mujer a la que Solimán promete vencer para colocar en el trono de Hungría a Juan Sepusio. Solimán muestra su lado más humano y deja traslucir un momento de cierta ternura cuando habla con ella, aunque parece una concubina de su harén: “por ti Luna, por ti, señora mía / [...] el muro escalaré del cuarto cielo” (vv. 900-903) aludiendo claramente a Felipe IV, rey Planeta, ante quien se debió representar la comedia. Hay ocho versos al final de este parlamento de Solimán

¹⁴ Nótese que el vaivoda Juan Zapolya es Juan Sepusio en la comedia.

que no aparecen en ninguna de las ediciones sueltas antiguas y que son de especial interés, pues reflejan la pretensión de Solimán de derrotar a Carlos V, mostrando su bravuconería:

Porque rendirle cuerpo a cuerpo espero,
al curso de mi brazo y de mi acero,
este Carlos cristiano y tan prudente,
es muy dichoso pero no es valiente.
Y por el grande Alá que estoy corrido
que no me haya temido,
y a Viena no venga por más gloria,
a añadir más blasón a mi victoria. (vv. 908-915)

En este ambiente del campo o campamento, donde los turcos están asentados, aparece Abraymo bajá, mano derecha y hombre de confianza del gran turco, que se va perfilando como un lugarteniente responsable y obediente:

ABRAYMO. Dale a besar, gran señor,
a Abraymo tu pie invicto.
SOLIMÁN. Gran columna de mi imperio,
mis dos brazos te apercibo.(vv. 916-919)

Aquí se observa perfectamente la relación que hay entre ambos: confían en el otro. Abraymo ha apresado a doña Leonor, pero el mayor interés de Solimán reside en saber si Carlos V ya ha llegado a Viena, aunque Abraymo piensa que aún no está allí. Abraymo ha salido al campo enemigo y ha luchado con valentía hasta conseguir unos cautivos. Esta era una manera de difundir el terror por parte de los turcos y, en este caso, el encargado de esta razia ha sido el visir Abraymo. Para recompensarlo por su valor en el campo de batalla, le concede a Leonor como esclava. De esta manera, el conflicto amoroso inicial entre el soldado Luis y Leonor se aumenta al separarse por causa de los turcos. A ella no le ha servido conocer perfectamente el difícil camino que separa Lins de Viena, puesto que los turcos son muchos y, además, expertos en las emboscadas y el pillaje. De esta manera, Rojas Zorrilla refleja una realidad preocupante, los ataques mediante emboscadas, aunque en esta ocasión, respetan a la mujer convirtiéndola simplemente en esclava.

Seguidamente, Solimán se encamina a campo neutral para encontrarse con Fernando de Habsburgo; no obstante, Carlos V está oculto esperando la reacción del otomano, mientras Solimán piensa que no ha llegado a la ciudad. Solimán, de acuerdo con la tradición que lo precede, se preocupa y ofende con Fernando ya que este no ha citado todos sus títulos heredados y adquiridos en la batalla:

Presumo que al rey Fernando
se le olvida mi apellido:
yo me nombro el gran señor,
y Emperador no vencido,
el dueño de dos esferas,
y de dos mundos prodigio. (vv. 994-999)

Solimán sigue insistiendo en sus títulos y se considera el único emperador del mundo conocido por herencia de Constantino y, consecuentemente, del imperio bizantino que su bisabuelo había conquistado. Llega a mostrarse excesivamente valentón al preguntar a Fernando por su hermano Carlos, insinuando una amenaza que se ve interrumpida por las palabras de Carlos V, que sale de su escondite. Solimán se queda petrificado al ver a Carlos V y asegura en un aparte: “¡Helado mármol me animo! / Nombrado me daba asombros, / y agora, desmayos visto” (vv. 1025-1027). Aunque

mantiene la compostura tras oír al de Gante alabarlos. Carlos V le pide que deje a su hermano Fernando tranquilo, pero él se niega puesto que ya está en Viena y ha venido a apoyar a Juan Sepusio para que este sea tributario del gran turco después. La prepotencia de Solimán está presente pero se mantiene en los límites del decoro.

La relación directa entre Solimán y Carlos V es escasa en toda la comedia. Antes se apuntaba que no hubo un encuentro real entre los dos mandatarios, ni en 1529 ni en 1532. Es significativo que Solimán no aparezca hasta el final de la primera jornada para una confrontación que ni tan siquiera espera, por eso, siente temores en presencia de Carlos V al que aguarda para derrotarlo. Todas las menciones a los turcos se relacionan con su capacidad bélica, es un ejército bien ordenado que permanece fiel a su señor, con buenos capitanes como Abaymo, el cual es capaz de salir al campo cristiano y de tomar prisionera a doña Leonor.

Por el contrario, el ejército cristiano siempre tiene problemas económicos, está sin paga y Carlos V tiene cierto temor a un posible motín, por lo que solicita ayuda a su Dios cristiano con una oración, poniendo de manifiesto que él es el verdadero emperador preocupado por sus soldados. Pronto recibe la ayuda del papa Clemente que envía a su sobrino Hipólito de Médicis con caballeros y dinero para poder pagar a las tropas. El duque de Alba recuerda a Carlos V que ha hecho bien en no luchar: “que vos no buscáis al turco, / vos sois quien sois el buscado” (1158-1159). Si relacionamos la idea que señala Kumrular acerca de que Solimán está en Viena para luchar contra Carlos V y no para tomar la ciudad, se puede observar que Carlos V permanece a la expectativa, temiendo los peligros de una batalla en campo abierto frente a la protección de la amurallada ciudad de Viena.

Solimán no aparece en toda la segunda jornada. Se fue de manera altiva al finalizar la primera y en esta envía a Abaymo con un cartel de desafío para Carlos V, carta que según algunos cronistas llegó a existir. Sin llegar a aparecer en escena, se muestra muy valeroso, pues teniendo cuatrocientos mil soldados más según las reseñas, le ofrece a Carlos V la posibilidad de luchar contra él en un combate singular para dirimir quién es el principal emperador del mundo. El turco se muestra muy arrojado ya que propone un combate con solo una rodela para defenderse y una espada para atacar. El propio Carlos ensalza su valor y figura: “¡Grande es su valor, por Dios! / Confieso que le he admirado” (vv. 1304-1305). A continuación, pide consejo a sus allegados para solucionar si debe salir o no, aunque parece que don Carlos ya lo tiene claro: “ya sé lo que he de hacer yo” (v. 1312). Para completar la personalidad de Solimán, encontramos algunos rasgos más mediante el diálogo que entablan los capitanes cristianos. El propio marqués del Basto recomienda no luchar contra un infiel, pues no parece muy seguro: “¿cómo le puede haber / de un rey injusto y tirano?” (vv. 1386-1387). El del Basto considera que solo se puede esperar una traición de Solimán, aunque Carlos termina defendiendo que la fe no añade nobleza: “no porque no sea cristiano / deja de ser bien nacido” (vv. 1398-1399). De hecho, Carlos V es quien más lo valora entre todos los cristianos, por lo que lo eleva así a su mismo nivel, es decir, lo dibuja como un rival a la altura del emperador. No obstante, aprovecha para mostrar los tópicos sobre los turcos con una pregunta retórica: “¿qué importa, pues, que haya sido / cruel, alarbe y tirano?” (vv. 1396-1397) colocando en un mismo nivel la crueldad, la tiranía y ser alarbe, esto es, árabe. La amenaza turca, en parte, se va diluyendo en el siglo XVII, por lo que mostrar en palacio a Carlos V contra Solimán solo redundaba en favor del primero, puesto que el turco ya fue derrotado cien años atrás y esto es conocido y recordado en la corte de Felipe IV.

Por su parte, el propio duque de Alba no quiere que Carlos V luche contra Solimán, porque, aunque el turco muera, el resto de su ejército continuará en combate: “apenas le matareis, / cuando empezará otra guerra” (vv. 1418-1419) puesto que los soldados turcos van a actuar movidos por lo que “entonces será venganza” (v. 1423). El duque de Alba insiste en la idea de presentar a Solimán como un tirano: “reñir con hombre tirano” (v. 1452). Pero Carlos V tiene claro que debe luchar y no se deja convencer tan fácilmente, para demostrarlo, se compara continuamente con Solimán, de quien el mundo dirá “él será valiente” (v. 1508) si sale a combatir y no de Carlos V. Para darle la respuesta, Carlos V manda llamar a Abaymo y le hace creer que no va a aceptar el combate singular aprovechando, además, para alabar al turco nuevamente:

Por valiente le he tenido,
 mas nunca por tan valiente.
 Que es gallardo le decid
 y que le estoy admirando.(vv. 1546-1549)

La tercera jornada, por contra, comienza con Solimán acompañado por Juan Sepusio y Luna. De nuevo la métrica es de arte mayor. Está enfadado y se afirma en su valor: “yo le desafíe, yo le he llamado” (v. 1731). Quiere medir sus fuerzas contra el gran caudillo del mundo, el mismo que quiere recuperar Jerusalén, pero Solimán se siente fuerte y poderoso, tanto que afirma: “pedazos le he de hacer entre mis brazos” (v. 1737). Experimenta sólidos deseos de luchar contra el rey de España, al que compara con un león, pero también recuerda que “Asia es el solar de los leones” (v. 1744) por lo que se considera lo suficientemente potente para derrotarlo y permanecer así como el único emperador sucesor de Constantino.

Abraymo le informa de que Carlos V no va a luchar en combate singular contra él. Así, Solimán clama a su Dios: “¡Por Alá que estoy corrido / que tanto la fama mienta!” (vv. 1869-1870) Ataca a Carlos V, de quien tanto bueno había oído decir. Pensando que Carlos V no quiere luchar, Solimán se encoleriza y se niega a leer su respuesta, por lo que ordena a Abraymo que la lleve a su campamento para que toda la soldadesca sepa quién es realmente Carlos V, quedando en manos de Solimán su “honor, su valor, su fama / y su corona sujeta” (vv. 1891-1892). Luna, mujer prudente, pide a Abraymo poder leerlo por si hubiera alguna circunstancia mediante la cual Carlos V no haya sido sincero. En uno de los momentos de mayor tensión dramática, Abraymo comienza a leer: “Mis vasallos y mis deudos me aconsejaron que no salga al desafío cuerpo a cuerpo con Vuestra Majestad: yo lo he mirado bien y estoy resuelto...” (v. 1916+). Al escuchar estas palabras, Solimán vuelve a enfadarse y pide que pare, aunque Luna insiste y hay una segunda lectura, esta vez completa. El final es fundamental para comprender la simulación orquestada por Carlos V: “y estoy resuelto, contra todo su parecer, a salir al campo” (v. 1922+). Solimán vuelve a encolerizarse por tercera vez en pocos versos, no llega a comprender que Carlos V diera una respuesta falsa a Abraymo y se muestra iracundo: “¿cómo es posible que leas / lo mismo que contradices, / si es lo mismo que condenas?” (vv. 1926-1928) El gran turco no acaba de creer la respuesta y la lee él mismo. Su ira va en aumento, olvidando que, hasta entonces, había sido bastante respetuoso con los cristianos. “Darte el castigo quisiera / que merece tu cuidado” (vv. 1938-1939). Luna convence a Solimán de que Abraymo no es culpable de la respuesta que ha recibido, pero esta respuesta ha trastocado a Solimán: si antes se mostraba seguro de sí mismo, la imagen que proyecta comienza a cambiar y parece que siente verdadero temor del de Gante: “¿Agora cobarde tiemblas? / ¿Y agora pides socorro / para tu vida a mis venas?” (vv. 1974-1976) Solimán parece fuera de sí y habla consigo mismo como si el resto de personajes no estuvieran en escena.

El engaño del que ha sido víctima le ha infundido un gran temor y trata de culpabilizar ahora a Juan Sepusio ya que, por su causa, está en Viena para luchar contra Carlos V. Solimán pregunta de manera retórica a los tres, Luna, Abraymo y Juan Sepusio, si debe o no salir. Él mismo sabe la respuesta y asegura: “¿no fuera grande bajeza / provocarle y no salir?” (vv. 2006-2007). Además, sus más allegados le confirman lo que ya sabe: “¡Tu heroico nombre perdieras! / ¡Tu fama perdiera voz! / ¡Tu valor sufriera nieblas!” (vv. 2008-2010). Mostrando una extraña cobardía, pregunta a Abraymo cómo fue estar con Carlos V, aunque Luna lo intenta animar: “No puede haber grande hazaña / sin haber gran competencia” (vv. 2022-2023). El engaño ha modificado sus planes y su actitud, parece que estaba más tranquilo cuando sabía que Carlos no iba a luchar. Aun así, asegura: “esto llevo por delante / no es valor lo que de él cuentan / ¡Yo voy al campo!” (vv. 2031-2033). A pesar del apoyo que le brindan sus acompañantes, la última frase de Solimán no presagia un final feliz para el turco ni su imagen: “¡No puede haber buen suceso / adonde el recelo reina!” (vv. 2037-2038).

Solimán evoluciona como personaje. Comienza haciendo alarde de un poderoso y servicial ejército. Luego sale al campo neutral y se enfrenta bravamente a Fernando de Hungría; llega a reclamar la presencia de Carlos V, pero, al verlo aparecer en Viena, su actitud cambia. A pesar de la desazón que le provoca, no puede sino luchar. Siguiendo la tradición turca, ofrece un combate singular a Carlos V con el fin de dirimir quién es el mejor emperador y, de paso, evitar tener que cercar Viena, como ya intentó en 1529 sin éxito. La solución que propone Solimán revela una gran astucia y permite que todos, tanto cristianos como turcos, lo valoren positivamente. Su presencia en escena durante la segunda jornada es solo mediante el testimonio de los cristianos, lo que aumenta su leyenda y amplía el terror que infunde. Ya en la tercera jornada espera la respuesta de Carlos V: no está conforme con nada de lo que sucede: 1) no acepta que Carlos V no salga, 2) cuando realmente va a ser así, Solimán demuestra unas graves dudas que se cumplen cuando Carlos V espera la confrontación entre los dos campos. A pesar de que el de Gante escucha los tambores de la guerra y piensa que Solimán lo ha traicionado y no está solo, realmente los turcos están huyendo: “¡Vive el cielo que se van! / [...] ¡Ah, genízaros valientes! / ¡Ah, cobarde Solimán!” (vv. 2445-2447). Carlos V revierte definitivamente la situación y sobresale por encima de Solimán, quien pierde “su heroico nombre” (v. 2453). El sultán se da a la fuga sin finalizar el combate que él mismo había propuesto. La figura del gran turco queda empequeñecida con una actitud tan cobarde, tan contraria a lo que los otomanos habían demostrado a lo largo de toda Europa, Asia y África. Es Juan Sepusio quien explica la huida de Solimán a los cristianos: “Solimán levantó el campo / por agüeros imprudentes, / que él dice que son valores / aunque temores parecen” (vv. 2472-2475). De este modo, la imagen de Solimán queda definitivamente menoscabada. Su presencia tan imponente decae con una actitud tan timorata. Su intento de conquistar Viena fracasa por segunda vez y huye sin aparecer en escena. Todo el valor que había demostrado conquistando parte del Mediterráneo y Europa central queda enterrado gracias a la labor tan interesante que hace Rojas Zorrilla encumbrándolo y, luego, dejándolo caer, toda una lección para la corte de Felipe IV que definitivamente observa cómo el paradigma religioso cristiano resulta vencedor contra los musulmanes una vez más.

Pero Solimán no es el único turco que aparece en la comedia y la imagen que de estos proyecta Rojas Zorrilla es multiforme. Si por un lado, Solimán evoluciona desde un gran emperador hasta un hombre que huye a un desafío que él mismo había propuesto, la visión de los turcos se complementa con Abraymo.

Abraymo no sale peor parado que Solimán, más bien al contrario, su imagen se mantiene constante a lo largo de toda la comedia, por lo que podemos afirmar que es un personaje plano. De esta manera, Abraymo interviene en diversas ocasiones y su valor es constante. Por un lado, lucha contra los cristianos y los derrota tomando como rehén a doña Leonor. Asimismo, se encarga de hacer llegar el desafío a Carlos V ejerciendo las labores de un criado y, finalmente, acepta de manera estoica la vesania de su señor. Con todo, Rojas Zorrilla lo pinta como un personaje astuto puesto que sale a luchar contra los cristianos mediante una *razia*, los derrota, mata a algunos, pero se retira a tiempo para resultar vencedor y conseguir llevar con él a Leonor cautiva. La brutalidad se refleja como seña de identidad turca y se acepta casi con indiferencia:

Del descuido me aprovecho,
y sin cólera y con brío,
lo uno para el valor,
lo otro para el castigo,
maté doscientos soldados,
y, al instante, me retiro. (vv. 932-937)

Estamos ante un secundario de lujo, inteligente, buen vasallo, servicial, capaz de mantenerse en su lugar cuando va al campamento cristiano, aunque colabora sin saberlo con el engaño trazado por Carlos V, aumentando la cólera de su señor.

Un caso aparte que redondea la visión de los personajes turcos son los dos graciosos que aparecen en la comedia: Buscarruido y Maribernardo. Él es un soldado gallego que ha acabado en Viena y ella un hermafrodita que se ha enamorado y lo acompaña a todos los lugares a los que va. Ambos mantienen un tono humorístico a lo largo de toda la comedia, pero lo más interesante sucede en la segunda jornada, cuando Carlos V desea saber qué es lo que acaece en el campo de los turcos, por lo que busca voluntarios para obtener esa información. El primero que se ofrece es Buscarruido con la idea de alcanzar fama y cobrar la recompensa. Buscarruido se enardece como soldado que es y está dispuesto a traer ante la presencia del César “la casa de Meca, / todo el linaje otomano, / y el zancarrón de Mahoma, / para echársele a tus galgos” (vv. 1222-1225). Frente al resto de personajes cristianos que respetan a sus rivales turcos, Buscarruido no escatima en arremeter contra ellos, aunque también utilizando tópicos, como llamar zancarrón a Mahoma ya que este era un insulto frecuente en los Siglos de Oro. Apunta Perceval¹⁵ que:

fue entre los años 1550 y 1650, cuando 'zancarrón' se utilizó para designar un conjunto de reliquias del profeta Mahoma, que se adoraban en la Meca, restos formados por un brazo, una pierna, un zapato, o todo al mismo tiempo. Este imaginario provocará todo un juego de sentidos, incluso contradictorios, que la poesía y el teatro desarrollarán.

Pero, además, el zancarrón es definido en el *DRAE* como: “cada uno de los huesos de la pierna, despojado de carne”, de manera que el juego de Buscarruido es doble, por un lado ataca a Mahoma según la tradición y además dice que va a echar a los galgos dicho zancarrón, que, por ser un hueso sin carne, solo sirve para dárselo a los animales.

Al final del segundo acto reaparecen los graciosos. Es un momento de elevada tensión dramática puesto que Abraymo ha ido al campamento cristiano a llevar a Carlos V el cartel de desafío. Para relajar la tensión acumulada, aparece Buscarruido caracterizado “de turco”. Él mismo se sorprende intentando encontrar un turco con el peligro que estos suponen, y más, si tenemos en cuenta que hay hasta quinientos mil soldados acompañando a Solimán. Que los graciosos se planten en el campamento otomano es, en realidad, bastante ofensivo para los turcos, ya que allí se adentran los personajes cristianos de peor extracción social.

Pero, finalmente, a pesar del temor que le infunden los turcos, encuentra uno que es dócil y se deja llevar al campamento. Se produce un encuentro entre el turco, que no es otro que Maribernardo disfrazada, y el propio Buscarruido. Dado que los dos van disfrazados de turcos y no reconocen al otro, puede parecer una situación de tensión dramática, pero los espectadores conocen su verdadera identidad y, así, se convierte en una situación hilarante, pues los dos tienen miedo del otro pensando que son un turco. En este caso, el temor que sienten deriva de sus vestimentas a la manera turca, con lo que la imagen violenta de los turcos también se aumenta.

Al oír la voz de Maribernardo, Buscarruido asegura: “este turco tiene traza / de hacerme pastel en bote / a menudas cuchilladas” (vv. 1647-1649), aunque ella no reacciona, por lo que Buscarruido vuelve a envalentonarse y le dedica algún insulto: “parece gallina el turco / [...] ¿no me responde el podenco? / ¿Cómo el perro no me habla?” (vv. 1664-1667). Aparece la referencia al perro y al podenco. Con la palabra *perro* se caracterizaba negativamente a los turcos (Kumrular 2005)¹⁶ y Buscarruido carga las tintas utilizándola en varias ocasiones en muy pocos versos. A esto se debe

¹⁵ José María Perceval, “El zancarrón de Mahoma: de piernas, brazos y otros objetos corruptos e incorruptos”, en <http://www.materialesdehistoria.org/zancarron.htm>, artículo inédito en castellano.

¹⁶ Esta autora titula significativamente la introducción de su estudio “La lucha de los perros y los cerdos”, que es como se conocían vulgarmente los musulmanes y cristianos en el territorio opuesto.

añadir el tradicional “gallina” como insulto para los cobardes. Cuando consigue que Maribernardo lo acompañe al campamento cristiano, a pesar de las dudas iniciales, vuelve a aparecerse como un bravucón que no acaba de entender la facilidad con la que atrae al turco. Asevera: “¿el perro de que regaña? / ¿Quiere que le mate a coces / o le muela a bofetadas?” (vv. 1692-1694). Los tópicos más comunes aparecen en boca de Buscarruido que insiste en la idea de tratar como perros a los turcos.

Este diálogo entre los dos graciosos que cierra la segunda jornada es su momento culminante: Buscarruido se ha presentado voluntario para cumplir el encargo de Carlos V y le lleva un turco del que obtener información. La situación es bastante cómica dado que Maribernardo se aprovecha de que Buscarruido desconoce su identidad, y este, cegado por la fama y la recompensa, carga con ella hasta el campamento fragmentando su discurso de insultos y bravatas que no habían aparecido en boca de personajes nobles. Sin duda, la mayor parodia de los turcos se produce en esta escena. Ambos van disfrazados de turcos, aunque ocultos por la noche. A esto se debe añadir el tono humorístico que emplea la graciosa, que imita el habla de los turcos: “no poder más / andar sonior” (vv. 1725-1726) utilizando el infinitivo y ensalzando la comicidad gracias a palabras como *sonior* en lugar de señor, o con “atar sonior” (v. 1727), con estas dos características del uso en infinitivo y la imposibilidad de realizar una *ñ*. La culminación de este tono humorístico mediante la parodia de la lengua cristiana desde la perspectiva turca es el siguiente verso, donde Maribernardo solicita ser llevada a la Meca: “Mamola sonior” (v. 1728), a lo que Buscarruido responde: “está la Mamola lejos” (v. 1729), llevando al límite la parodia lingüística y cerrando la jornada.

Esta escena tan cómica continúa avanzado el tercer acto. Buscarruido se presenta ante Carlos V con un turco auestas. A pesar de que Carlos ya ha decidido salir a pelear contra Solimán, accede a escuchar al valiente soldado que ha conseguido traer un turco ante el mismo emperador. Finalmente se descubre que el turco es Maribernardo y el valiente soldado se convierte en un personaje humillado por su alter ego femenino, si bien, continúan con la parodia de los personajes turcos gracias a su disfraz, permitiendo pensar en que la corte lo recibiría con regocijo.

Se ha de tener en cuenta que, al enfrentarse dos emperadores imbatidos, el tono de la obra es de cierto drama, por lo que la parodia es impensable entre los personajes de clase social alta. Rojas Zorrilla se permite imitar a los turcos hablando castellano a través de los graciosos, lo que le confiere una mayor libertad y, seguramente, sería muy del agrado del público. La burla está presente para aliviar tensión dramática y se consigue mediante el insulto reiterado, a través del aspecto de los personajes, pues a Maribernardo se le atisba el bigote de a jeme desde lejos, y, sobre todo, con la imitación de la manera de hablar de los turcos en castellano.

En esta situación tan cómica, los graciosos son los actualizadores de la verdadera visión que de los turcos se quiere dar en la comedia. Al no ser personajes basados en homólogos reales, pueden obrar a sus anchas. De esta manera parodian a los turcos y muestran sus características más negativas.

En conclusión

Rojas Zorrilla pretende ensalzar la figura del emperador Carlos V, bisabuelo de Felipe IV, ante quien se representa la comedia en palacio en mayo de 1634. Para ello, escoge un pasaje muy importante de la vida del emperador, su victoria en Viena. El rival es Solimán el Magnífico, gran sultán turco, nunca derrotado, salvo por Carlos V. Consecuentemente, la imagen que se proyecta de los turcos se pone al servicio de este carácter laudatorio cristiano y se refleja de manera negativa: son infieles, errados en sus planteamientos religiosos y son muy crueles, pues quieren conquistar una ciudad cercándola sin tener ningún derecho sucesorio sobre ella.

El unir a ambos personajes confrontándolos en una comedia supone el encumbramiento del Renacimiento tomado como el momento de la historia en el que se comienza a cambiar el pensamiento. El nuevo marco conceptual que supone el inicio de la Edad Moderna permite elegir nuevos modelos de comportamiento sin tener que recurrir a la antigüedad clásica. Este nuevo espejo es Carlos V, un modelo ideal donde observar y aprender del comportamiento de un monarca reciente

en la historia de España, que además es bisabuelo de Felipe IV, ante quien se representa la comedia en palacio.

No parece que Rojas Zorrilla necesite atacar a la religión musulmana, sino que, más bien, busca ensalzar la figura carolina y su buena relación con la parte oriental de la familia, representada por su hermano Fernando y con la iglesia romana, representada por el papa Clemente VII. Con todo, el ataque a los turcos está muy presente y su consideración negativa aparece personificada en Solimán, cuya imagen empeora a lo largo de la obra. Comienza siendo un personaje al que todos respetan desde el temor para acabar huyendo de manera deshonrosa fuera de escena. Esta visión negativa sobre el turco la ofrecen todos los personajes cristianos, ahora bien, estos mantienen el decoro y no lo atacan en exceso, especialmente Carlos V, que lo trata con mucho respeto en comparación con el resto de capitanes cristianos. Pero, por otra parte, serán los graciosos los que conviertan su incursión en el campamento turco en una parodia del mundo militar otomano que se sustenta en el disfraz, el insulto y la imitación burlesca del habla cristiana de estos.

Abraymo desempeña un papel que sirve para fijar el poder de Solimán, que es el gran antagonista turco, el gran legislador para los propios otomanos, el mayor ejemplo de esplendor de la Sublime puerta y se convierte, así, en el rival ideal para el emperador. Un rival que muestra un orgullo excesivo al considerar que puede desafiar a Carlos V, pero que, al ver que el otro acepta el duelo, decide huir tras mostrar su cara más cobarde ante sus propios camaradas turcos.

Obras citadas

- De Bunes Ibarra, Miguel Ángel. “Entre turcos, moros, berberiscos y renegados: lealtad y necesidad frente a frente”. *Librosdelacorte.es*, Monográfico 1, año 6 (2014).
- . “El Imperio otomano y la intensificación de la catolicidad de la monarquía hispana” *Anuario de Historia de la Iglesia* 16 (2007a): 157-168.
- . “Cristianos y musulmanes ante el espejo en la Edad Moderna: los caracteres de hostilidad y de admiración”. *Cuadernos del Mediterráneo* 8 (2007b): 307-311.
- . *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*. Madrid: CSIC, 1989.
- Fernández Álvarez, Manuel. *Carlos V, un hombre para Europa*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.
- Kumrular, Özlem. “Carlos V y Solimán el Magnífico: dos soberanos en lucha por un poder universal”, http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_6_ozlem.shtml (CV).
- . *El duelo entre Carlos V y Solimán el Magnífico (1520-1535)*. Estambul: Isis, 2005.
- . *Las relaciones entre el imperio otomano y la monarquía católica entre los años 1520-1535 y el papel de los estados-satélites*. Estambul: Isis, 2003.
- Lamb, Harold. *Suleiman the magnificent Sultan of the East*. Nueva York: Doubleday, 1951.
- Lobato, María Luisa. “Puesta en escena de Rojas Zorrilla en el siglo XVII (1630-1648)”. En Felipe B. Pedraza Jiménez, Rafael González Cañal y Almudena García González, eds. *Rojas Zorrilla en escena: Actas de las XXX Jornadas de teatro clásico (Almagro, 2, 3, 4, y 5 de julio de 2007)*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2008. 17-44.
- García Cárcel, Ricardo. “La psicosis del turco en la España del Siglo de Oro”. En Felipe B. Pedraza Jiménez y Rafael González Cañal, eds. *Los imperios orientales en el teatro del Siglo de Oro, Actas de las XVI jornadas de teatro clásico de Almagro, julio 1993*. Ciudad Real: Universidad de Castilla la Mancha, 1994. 15-28.
- García Fernández, Óscar, [2010], “La presencia de personajes musulmanes en el teatro de Rojas Zorrilla”. En Germán Vega García-Luengos y Héctor Urzáiz, eds. *Cuatrocientos años del "Arte nuevo de hacer comedias" de Lope de Vega: actas selectas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro: Olmedo, 20 al 23 de julio de 2009*. Valladolid: Universidad de Valladolid. 477-486.
- Perceval, José María. “El zancarrón de Mahoma: de piernas, brazos y otros objetos corruptos e incorruptos”. <http://www.materialesdehistoria.org/zancarron.htm>, artículo inédito en castellano.